

¡No quiero volver!

¡No quiero volver a Zaragoza! Esta es la frase que en mi infancia resonaba en mi cabeza cada vez que se acababan los días de estancia en Valpalmas. Así sucedía al final del verano, tras el paso lento de días de juegos por el pueblo, por los corrales, por los alrededores y por los campos segados. Un día era una batalla de críos por las Tres Cruces (sólo había una) armados con arcos de tamariz y flechas de junco, otro día era una merendola, o bien la más animosa que eficaz ayuda a las labores de los mozos atando talegas de trigo u ordio. También los viajes a la fuente, por la mañana, a charrar con quienes iban llegando o bien a coger regaliz de palo por esa zona. Las bicicletas, habilidosamente recuperadas y mil veces arregladas... Y cómo no, el acontecimiento más esperado del año, Las Fiestas de San Hipólito, con la Plaza de Ramón y Cajal como epicentro de ese atracón anual de diversión e intensas emociones: la ropa de estreno, el baile en la plaza, la peña, los helados de corte y las costilladas de madrugada.

Las Navidades, con sus cortos y fríos días, al amor del hogar: cursos elementales de guiñote y prácticas de atizado de la chera. Anécdotas y relatos de los mayores, historias que, aderezadas por la fantasía, iban conformando una especie de épica que tejía un profundo arraigo con todo lo relacionado con Valpalmas y sus gentes.

La Semana Santa, tan severa y devota en los días de la pasión, sin televisión, salvo películas como Molokai, el Milagro de Fátima y similares, que, junto con las velas nocturnas en el Monumento, la procesión y la vigilia conformaban un marco perfectamente genuino. Pero, como contrapunto, ahí estaba el contacto permanente con la naturaleza, incluyendo las gallinas del corral, los conejos del conejar, los tocinos de la zolle, las ranas de la balsa y otras criaturas del entorno, para contribuir a un sano entretenimiento.

Todo este preámbulo para hacer un firme alegato por lo que supone para la infancia y la adolescencia de una persona el disfrutar de temporadas en un pueblo como es Valpalmas. No sólo es la libertad de tener todo el pueblo y alrededores como campo de operaciones, es el contacto estrecho con personas de todas las edades. Además de los de edad semejante, ahí están los más mayores, entre los cuales siempre es posible encontrar algunos excepcionales ejemplares que destacan por esa sabiduría, juicio y prudencia que difícilmente se encuentra en otros ambientes y que es fruto de un hábito, generalmente inconsciente, de observación y meditación propiciado por la vida valpalmera. ¡Cuánto he aprendido de ellos!, no sólo por sus consejos, sino por su educación, respeto a los demás, y también la forma de acoger a los forasteros. No hago explícitos los nombres de personas concretas porque sé que cada lector de estas sencillas líneas lo hará en su mente de forma inmediata. También son un buen ejemplo muchas personas de Valpalmas de mediana edad, en plenitud de su vida profesional, con entrega al pueblo y que lo mantienen en pie, a pesar de algunas incomodidades y ciertas renunciaciones.

En este atolondrado flujo de las ideas que me vienen a la cabeza sobre Valpalmas, quiero aprovechar la ocasión para referirme a algo que siempre me ha llamado la atención, que es lo bien que ha evolucionado nuestro pueblo con el paso de las últimas décadas. No

sólo porque se han recuperado, mejorado o ampliado espacios comunes, sino porque mantiene la estructura de sus calles y la armonía de sus casas y edificios. Nada de construcciones disonantes en el casco del pueblo, y qué marcada personalidad tienen esas casas de piedra arenisca, propias de la zona de las Cinco Villas. Otras poblaciones más al pie de carreteras principales han tenido peor suerte y eso todavía realza más el encanto y autenticidad de nuestro querido pueblo. Sigamos así, para que Valpalmas siga siendo uno de esos lugares que se mantienen como referencia y sentido para los sentimientos, vivencias y recuerdos, que es una necesidad aún mayor en estos tiempos de tremendos cambios propiciados por las nuevas tecnologías.

Finalizo con un par de fotos comentadas que son relativas a las dos familias de Valpalmas bien conocidas por mí, ya que desciendo de ellas, pero que son representativas de algunos aspectos de lo que fuera el día a día valpalmero en otros tiempos.



Hogar de Casa Colás (sobre 1980). Entrañable refugio en los días de invierno. Todo el techo es chimenea y las cadieras de los lados tienen sendas mesas desplegadas, ideales para comer huevos fritos con chulla, migas o costillicas a la brasa. El *calderiz* del que cuelga el caldero está adornado por unos curiosos caballitos de mar.

Sirva esta fotografía como un homenaje a toda la familia Pérez Labarta (hijos y descendientes de Olegario Pérez Pérez y Consuelo Labarta Guillén). En la foto mis tíos Encarna, Antonio y Eladio, hermanos de mi madre, Ángeles, y de mi tía Alicia. El perrito ratonero que yace plácidamente tumbado es Ringo.



Conversación de mujeres en la calle de la Iglesia. Tomada allá por el año 1916 por mi abuelo Nunilo, hijo de Bienvenido Gil Escó, que fue médico de Valpalmas. Al fondo, tapando parcialmente la torre de la Iglesia, la casa familiar de Nunilo, Felisa Bueno, e hijos: Bienvenido, Antonio, Luisa y Felisa, esta última residente hoy en Zaragoza. A la tienda de la planta de abajo se entraba por la plaza de la Iglesia. La casa es contigua al huerto en cuya puerta se desarrolla la plática entre, quizá, mi bisabuela Similiana Chóliz Sánchez y otra valpalmera. Imagino un largo *capazo* entre ellas, hablando de sus cosas del día a día y quizá algún cotilleo.

Aunque años más tarde toda esta familia se distribuyó por otros lugares de residencia, también merece el recuerdo y homenaje, como tantas otras familias con origen en Valpalmas y cuyos descendientes han vivido o viven en otras poblaciones de España, Francia, Argentina, Uruguay, Suiza, Estados Unidos, etc.

Pepe Gil

www.pepegil.es